



EL
DRUIDA

STEVEN A. MCKAY



Norte de Britania, 430 d. C.

Las últimas tropas romanas han abandonado Britania a su suerte y sajones, jutos y anglos desembarcan en sus costas dispuestos a repartirse la isla.

Un ataque inesperado deja la aldea de Dun Buic convertida en un montón de escombros y a muchos aldeanos muertos. Mientras los supervivientes intentan comprender lo ocurrido, el rey de Alt Clota le encarga a Bellicus, un joven guerrero druida, la misión de dar caza a los asaltantes, ya que estos se han llevado a su hija, la princesa Catia.

Bellicus, con años de entrenamiento en las antiguas enseñanzas y una habilidad sin igual con la espada larga, emprenderá, en compañía de sus dos perros de guerra, un peligroso viaje. Este le llevará a recorrer esa vieja provincia del Imperio que pugna por sobrevivir en un mundo que, sin las legiones, se ha vuelto extraño. Un mundo en el que los sacrificios humanos, la guerra y la superstición conviven con el amor, las risas y las canciones y en el que el cristianismo parece estar ganando la batalla por las almas.

Mientras tanto, Catia encuentra entre sus violentos captores a un inesperado aliado, pero ni siquiera él parece poder evitar el terrible destino que el rey Hengist tiene reservado para ella...

1

AÑO 430 A. C.

ALT CLOTA, NORTE DE BRITANIA

Bellicus alzó la mirada al cielo nocturno para disfrutar del siempre imponente espectáculo que suponía mientras vaciaba su vejiga de toda la cerveza de cebada que había bebido aquella noche. Los silenciosos puntitos de luz en la negrura, y la luna creciente, con sus extraños y enigmáticos surcos, hicieron que se sumiera en un trance casi absoluto, y, por un momento, llegó a olvidar dónde se encontraba.

Pero la puerta que tenía a su espalda se abrió, y el estruendo del alegre jaleo lo arrastró de nuevo a la realidad acompañado de un ligero y ebrio respingo. Se recogió y volvió a arrebujaarse el imponente torso con la capa mientras le dedicaba al recién llegado un respetuoso saludo. Se trataba de un campesino de mediana edad que también había salido a aliviarse.

—¡Cai, Eolas!

Al oír la potente voz del druida, acudió al galope un perro joven que emergió de las sombras con la lengua fuera y los dientes, blancos, claramente visibles a la luz de la luna, como si estuviera sonriendo. A este lo siguió, instantes después, un can más viejo y enjuto. Después de echar un último vistazo al inmenso dosel de estrellas, Be-

llicus atrajo a las bestias hacia sí, empujó la puerta y volvió a entrar en la casa larga. La luz de la lumbre, junto con el abrumador olor a carne asada, vómito rancio y sudor, le asaltaron los sentidos mientras regresaba, a grandes zancadas, a la mesa del rey, con los siempre leales Cai y Eolas a su lado.

Corotico, rey supremo de los damnonii, alzó la mirada hacia la gigantesca silueta del druida de cabeza afeitada y puso los ojos en blanco cuando Nectovelio, señor de aquel asentamiento, le habló compungido al oído, aireando, sin duda, alguna protesta relativa a algún insignificante problema local de aquel lugar: Dun Buic. La esposa de Corotico, la reina Narina, estaba sentada a la derecha del rey, dándole sorbos a un cáliz de vino.

Bellicus volvió a sentarse en su sitio, junto a Nectovelio, arrancó un trozo de pan de la hogaza recién hecha que tenía delante y empezó a masticar, pensativo, mientras sus ojos de color avellana observaban la casa larga, fijándose en todos y en todo.

Gozaba de un talento especial para comprender a la gente, para juzgar con acierto el carácter de un hombre con tan solo examinar sus facciones y el modo que tenía de comportarse. Corotico sentía un profundo aprecio por su intuición, algo que lo había llevado a disfrutar de una elevada posición en calidad de consejero personal del rey.

—¿Quién mejor para que esté a tu lado —había sonreído Corotico— que un druida gigante capaz de leer las intenciones de los hombres en un instante y de luchar como un centurión?

Bellicus sintió un cálido resplandor tanto de orgullo, al recordar tales alabanzas, como producto de la cerveza, otra jarra de la cual se llevó a los labios para saborear con deleite.

Era cierto, se le daba bien juzgar a las personas, un regalo de dioses que, al igual que sus otros talentos natura-

les, había logrado aguzar al máximo gracias a sus mentores druidas. Del mismo modo, sus celebradas habilidades marciales tenían su origen en años de duro trabajo, instinto natural y los mejores maestros a este lado del muro romano.

Ser más alto que cualquier otro hombre que hubiese conocido también le confería cierta ventaja cuando se trataba de combatir, aunque, siendo un druida, no se esperaba de él que ocupara un lugar en el muro de escudos. Bien era cierto que esto no había evitado que lo probara en un puñado de ocasiones. En su primera y aterradora batalla, sus entrañas casi se habían convertido en agua, pero se obligó a sí mismo a vivir de nuevo la experiencia una vez, y luego otra, hasta que un día tan solo sintió ciertos nervios y no terror cuando sus compañeros y él resistieron la carga de dos docenas de saqueadores venidos del mar que se extendía al oeste.

Después de aquello había abandonado el muro de escudos. Había sometido su miedo, y con eso vio cumplido su objetivo.

Ahora estaba ahí sentado, en la cálida casa larga a pesar de la noche fría con su maravilloso cielo privado de nubes, observando cómo los hombres y mujeres de Dun Buic disfrutaban de la hospitalidad de su anfitrión.

El rey Corotico, con su familia y guardia personal, había visitado recientemente a muchos de los señores que estaban ligados a él por juramento, en un viaje que llevaba durando ya varias semanas y durante el cual había recorrido gran parte de la vieja muralla erigida por Antonino Pío la cual, al contrario que las fortificaciones anteriores, levantadas por el emperador Adriano más al sur, era más un montículo de tierra que una edificación de piedra. En su camino de regreso a su hogar, la gran fortaleza de Dun Breatann, se había detenido aquí, en la cercana Dun Buic, donde Nectovelio se mostró encantado de recibir tanto al rey como a la reina.

Nectovelio se puso en pie en ese momento, con la cara iluminada por la bebida, un tanto tambaleante, pero contento.

—¡Amigos! —gritó al tiempo que levantaba el brazo derecho derramando hidromiel sobre las mugrientas esteras que cubrían el suelo—. Amigos —volvió a decir. Su voz quedó ahogada por el ebrio jaleo y, una vez más, Corotico miró a Bellicus a los ojos con un gesto divertido que a toda prisa, y diplomáticamente, mudó cuando Nectovelio giró la cabeza para mirarlo, avergonzado por su incapacidad de hacer que los alborotados lugareños le prestaran atención.

El señor volvió a sentarse y se recostó en su silla de respaldo alto como si pretendiera ocultarse en ella.

Corotico le hizo un gesto con la cabeza al druida y este, comprendiendo la muda orden de su rey, se puso en pie e hinchó los pulmones de aire.

—¡Silencio!

Su voz pareció llenar la casa larga de punta a punta, rebotando en las vigas como si estuvieran en una de esas iglesias cristianas de piedra con su asombrosa acústica. Sin embargo, aquello no era más que una vieja y ruinosa casa larga cuyas vigas y muros de madera estaban podridos y cansados. La voz del druida, potente y vigorosa hasta lo sobrenatural, produjo tal quietud en los presentes que hasta el rostro de Nectovelio palideció.

—Vuestro señor desea hablaros.

Bellicus hizo un gesto con su zurda y Nectovelio lo miró, perplejo y con los ojos abiertos al máximo hasta que las palabras del druida se abrieron paso hasta su mente, nublada por la bebida, y se puso en pie, forzándose a esbozar una sonrisa en su rostro barbudo antes de dirigirse a la ahora silenciosa concurrencia.

—Amigos —sonrió el señor; luego miró a la mesa en busca de su jarra de hidromiel, la cogió y, nervioso, trasegó el contenido de un trago antes de continuar—. Esta no-

che nos honran con su presencia el rey supremo y su séquito.

Hubo vítores ante la declamación. Corotico era un rey querido, descendiente de una larga estirpe que había logrado contener a sajones, pictos y dalriadanos desde que la guarnición romana que había estado acantonada en la cercana Credigone había partido seis décadas atrás.

—Una visita real es motivo de regocijo —continuó Nectovelio cuando los balbuceos de apreciación fueron muriendo—. Así que comed y bebed hasta quedar satisfechos, y disfrutad esta noche de mi hospitalidad en esta casa larga.

Tal exhortación trajo consigo, como era de esperar, más vítores estruendosos de los lugareños presentes, siempre dichosos cuando se presentaba un banquete. No hacía falta ser un avezado orador para complacer a una multitud, pensó Bellicus. La promesa de bebida y comida gratuita siempre bastaba para ganarse a las masas.

Y ¿por qué no? El druida levantó su jarra, recién rellenada por una joven sirvienta, y le dio un buen trago. Hacía buena noche y brillaba la luna, estaban seguros allí, en aquella casa larga, bastante cómoda aunque falta de mantenimiento, y —miró a un lado, a la silueta que había entre él y el rey Corotico— estaban en buena compañía.

La reina debió de sentir la punzante mirada del druida, porque se giró para mirarlo a los ojos. Una leve sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios. El druida le devolvió la sonrisa a Narina, pero su atención se vio desviada bruscamente cuando oyó que Nectovelio seguía con su ebrio discurso a las gentes de Dun Buic.

—... entre ellos se encuentra el famoso bardo, Bellicus —estaba diciendo el señor. Esta vez sus palabras no provocaron vítores, tan solo expectantes murmullos. La gente recelaba del gigante famoso como guerrero y druida.

Sin embargo, Bellicus jamás se hubiese llamado bardo a sí mismo. Le lanzó un grasiento trozo de buey al perro

que aguardaba solícito bajo la mesa y esperó, molesto, a que el noble continuara.

—¿Serías tan amable de cantar para nosotros esta noche? —dijo Nectovelio, mirando al druida con los ojos apagados y una sonrisa desencajada en el rostro—. ¿Una canción de guerra y honor?

—¡Y de amor! —estalló una voz femenina de entre la muchedumbre, provocando risas.

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —dijo un hombre, y todos levantaron sus jarras y lanzaron vítores al tiempo que observaban con lascivia a las mujeres y jovencitas que iban y venían sirviendo la bebida.

Bellicus valoró la petición. Los romanos habían intentado exterminar a los druidas y sus enseñanzas, pero en el norte, alejados del poder imperial, muchos habían seguido con sus tradiciones. Jóvenes elegidos cuidadosamente, como Bellicus, seguían recibiendo la sabiduría y las habilidades de tiempos pasados de mano de sus mayores. Así que claro que sabía cantar, aunque no le apetecía mucho aquella noche.

Cantar era un talento al que había renunciado para concentrarse en otros, como, por ejemplo, practicar su inquietante mirada. Había pasado muchas horas a lo largo de los años contemplando su reflejo en un espejo de bronce que había encontrado en una villa romana abandonada en las tierras del sur. Fruto de ello, era capaz de insuflar el terror de los dioses en la mayoría de los hombres de Alt Clota, y de más allá, con poco más que una mirada. ¿Pero cantar? Últimamente Bellicus no había cantado mucho, ya que Corotico disponía de otros músicos de profesión, y tuvo que estrujarse el cerebro para recordar la letra y la melodía de algunas de sus canciones predilectas.

—¿Tenemos instrumentos o músicos por aquí? —preguntó, al fin, en medio del expectante silencio.

—Sí —asintió un hombre que levantó una flauta de madera mientras que otro, a su lado, mostraba un tambor y

otro un simple cuerno.

Saltaba a la vista que aquellos hombres habían tenido intención de ofrecer algo de entretenimiento aquella noche como agradecimiento por la comida o para congraciarse con su señor.

—¿Os sabéis la de Rhydderch el Rojo?

—Sí —dijo el flautista.

—¡Todo el mundo se la sabe! —gritó el del cuerno, coreado por gritos de asentimiento en toda la casa larga.

Se trataba de una canción sencilla sobre el renacer, con estrofas que todo el mundo podía cantar —o gritar— a modo de acompañamiento, y siempre tenía éxito en los festejos.

—Pues cantaremos esa —dijo Bellicus antes de dirigirse al frente de la larga mesa y sentar las posaderas en ella para dirigirse a la multitud. Esbozó una leve sonrisa y se pasó la lengua por los labios para humedecerlos—. Empezad cuando queráis.

El tamborilero asintió, miró a sus compañeros para asegurarse de que estaban listos y, lentamente, empezó a marcar el ritmo.

La gente se unió a él dando pisotones en el suelo de esteras antes de que el hombre que tocara el cuerno se sumase, añadiendo su hipnótico y grave zumbido antes de que el dulce sonido de la flauta llenara la estancia con la conocida melodía.

Bellicus esperó a que la flauta concluyera el estribillo antes de dar comienzo al primer verso en voz baja. Los lugareños empezaron a chistarse para poder escuchar mientras que con sus pies seguían acompañando al contagioso compás.

*Rhydderch el Rojo salió un día a pasear,
pero el cielo no tardó en tornarse gris,
y se topó con un hombre que se lo llevó*

a un lugar en el que sol nunca brillaba.

¡Llega la nieve! ¡Llega la lluvia!

Mueren las flores y desaparecen los senderos.

¡Llega la helada! ¡Llega el granizo!

La luz abandona el cielo y se malogra la cosecha.

Los juguistas se unieron al coro y Bellicus alzó la voz para que lo oyeran.

El tamborilero mantuvo el ritmo y la flauta volvió a sonar con una ligera melodía que encadenaba trinos y que se impuso al resto de los instrumentos cuando el zumbido del cuerno se convirtió en un *staccato* que imitaba el ritmo cada vez más rápido del tambor.

Bel sonrió, disfrutando de la música y de ser parte de ella, y sus ojos barrieron la estancia mientras los lugareños formaban pequeños círculos y remolinos de danzarines. Hasta los niños estaban allí, y el druida pudo ver el pequeño contorno rubio de la diminuta princesa Catia, que pasaba como un rayo entre los adultos con una feliz sonrisa en la cara.

El rey Corotico llevaba mucho tiempo deseando tener descendencia, mucho tiempo, y al fin la reina Narina había dado a luz a Catia ocho años atrás. El rey, por supuesto, sintió una gran decepción cuando supo que su esposa no le había dado un hijo y heredero, pero a medida que la niña fue creciendo, el corazón del rey se fue ablandando.

¿Qué corazón no lo hubiera hecho?, se preguntó Bellicus mientras se adentraba en el segundo verso y se subía a lo alto de la mesa para liderar los cánticos desde esa posición privilegiada. Los esclavos se apresuraron a retirar las bandejas de comida y las jarras de cerveza antes de que el druida las destrozara con sus pisotones mientras que Cai, su musculosa mascota, se apoyaba con las zarpas

delanteras en la madera para vigilar todo el proceso cual centinela.

Eolas, en cambio, estaba cómodo tumbado bajo la mesa, meneando la cola levemente de un lado a otro.

La joven princesa, Catia, era todo un rayo de sol en las oscuras noches de invierno, con su traviesa sonrisa, sus encantadoras y súbitas conversaciones y su increíble habilidad para que la gente más sombría se alegrase. En ese momento se encontraba bailando con una vieja matrona; la tenía cogida de las regordetas manos y chillaba encantada mientras la mujer la levantaba del suelo en medio del torbellino del baile que, por alguna razón, aún no había acabado en un amasijo de cuerpos borrachos precipitándose al suelo.

*Y Rhydderch lloró por la vida que dejó atrás,
y por la mujer que allí quedó, tan bella como era.
Así que decidió dejar aquella extraña tierra,
alargó la mano y aferró su espada.*

*¡Que vuelvan la primavera y el sol!
Y su mujer, en casa, sabía que volvería.
¡Venga la luz en la oscuridad!
Y la tierra volvió a la vida cuando el héroe regresó.*

La voz de Bellicus creció en potencia ahora que los músicos se adentraban en la sección final del estribillo, y el druida podía ver por el rabillo del ojo que la reina, luciendo un desaprobatorio ceño fruncido, le hacía un gesto a su dama de compañía para que trajese a la princesa de vuelta a su silla. La sonrisa de Bellicus se hizo aún más amplia cuando Catia huyó de las manos de la mujer y se confundió entre la gente que se agolpaba al fondo de la casa larga.

Haría falta algo más que una sirvienta entrada en carnes para capturar a la chiquilla.

¡Que vuelvan la primavera y el sol!

Y el portador de luz alargó su mano firme.

¡Venga la luz en la oscuridad!

Volvió la primavera a la tierra cuando Rhydderch regresó.

La melodía se hizo más lenta y todos los presentes, incluida la reina, cantaron las últimas estrofas de la canción, con la voz alta y jocosa, en aquella casa larga, oscura y llena de humo. Y entonces el lugar se sumió en un silencio falto de aliento y todas las miradas se posaron en Bellicus, inmenso y majestuoso en lo alto de la mesa.

–¡Otra!

–¡Sí! ¡Cántanos otra!

La petición se convirtió en una consigna tan estruendosa que, en un primer momento, nadie oyó que alguien echaba las puertas abajo, tampoco el choque de metal contra metal cuando los centinelas que las custodiaban combatían contra media docena de hombres armados.

Bellicus vio lo que ocurría y supo el mejor modo de captar la atención de todos.

–¡Fuego!

Su poderosa voz quebró el alegre cántico de la muchedumbre y se incrustó en las almas mismas de todos de un modo que pocas palabras hubieran sido capaces de hacerlo.

–¡Fuego! –volvió a rugir Bellicus, señalando a los hombres que luchaban en la puerta.

A esas alturas los desconocidos atacantes estaban recibiendo refuerzos, y daba la sensación de que no les costaría abrirse paso por la casa larga abatiendo a todo aquel que se interpusiese en su camino.

El druida, sin abandonar su privilegiada posición elevada en lo alto de la mesa, se giró hacia Corotico esperando las órdenes de su señor.

El rey había desenvainado su espada y estaba apartando a la reina para protegerla tras él, pero había incertidumbre en sus ojos, y no era de extrañar. Aquel ataque había ocurrido de forma inesperada, y el ruido y la fuerte bebida habían mermado los reflejos de todo el mundo.

Corotico miró a Bellicus, luego otra vez a la casa larga envuelta en humo, a la confusa masa de gente y, al fin, la duda dio lugar a una ira homicida.

—¡Matadlos! —aulló el rey con los ojos enramados y abiertos al máximo—. ¡Matad a esos cabrones!

2

Bellicus sacó el cuchillo de la vaina que le colgaba de la cintura y saltó de la mesa sin pensarlo, haciendo uso de la inercia para impulsarse por el aire y abalanzarse sobre el atacante que tenía más cerca. Chocó contra el sujeto, una enorme bestia barbuda de ojos centelleantes, y le hundió la hoja en el cuello. La herida provocó una erupción de sangre que empapó la mano del druida, pero Bellicus siguió adelante sin detenerse.

–¡Cai! ¡Ven, muchacho!

El musculoso animal sorteó a la masa de gente que gritaba sumida en la confusión y apareció al lado del gigante mientras este se fijaba otro objetivo.

–Ataca.

El perro saltó y se enganchó a la muñeca del asaltante; sus poderosas mandíbulas le trituraron los huesos y le arrancaron un grito de pura agonía que cesó cuando Bellicus le propinó un puñetazo en la boca que lo derribó de espaldas en el suelo. Cai cambió entonces la muñeca por la garganta y, una vez más, cual demonio vengador, la enorme silueta del druida volvió a avanzar en busca de más atacantes a los que matar. El esbelto Eolas lo seguía de cerca.

Las cosas no les estaban yendo bien a los invasores, resultaba evidente. Algunos de los lugareños, así como sus mujeres, habían hecho acopio de arrestos y se estaban defendiendo a pesar de que no vestían armadura ni esta-

ban armados. A esas alturas tan solo quedaban en pie tres de los intrusos.

Corotico y Nectovelio cayeron al tiempo sobre uno de ellos. El sujeto, agotado como estaba, no resistiría mucho tiempo, y menos ahora que la guardia del rey empezaba a rodearlo.

Otro cayó mientras Bellicus observaba, derribado por el peso de cuatro o cinco campesinos cuyos cuchillos subieron y bajaron dando lugar a chorros de sangre.

El tercero, un hombre corpulento pero de baja estatura, permanecía ante las puertas como si las estuviera custodiando. Bellicus entrecerró los ojos, pensativo. ¿Por qué no huía el muy necio? Sus compañeros habían sido derrotados, y él no tardaría en caer si no echaba a correr.

Un temblor recorrió el cuello del druida. Algo no encajaba en todo ese asunto. Aquello no se trataba de una incursión que hubiese salido mal.

—¡Cogedlo con vida! —gritó, pero en el momento mismo en el que la orden salía de su boca, alguien arrojó un ánfora vacía contra el recio guerrero y la cerámica se hizo añicos en el cráneo del muy desgraciado.

—¡Vivo! —volvió a rugir Bellicus, pero la gente estaba demasiado iracunda como para prestar atención a sus palabras y se lanzaron sobre el intruso abatido propinándole patadas, puñetazos y haciendo uso de todo cuanto tenían a mano.

Los gritos no duraron mucho, aunque la casa larga no se sumió del todo en el silencio. Los murmullos de miedo y confusión rebotaban en las vigas ahora que todo el mundo se preguntaba qué hacer.

Los hombres miraban hacia las puertas destrozadas, deseando correr a sus casas a coger sus escudos, espadas y hachas, pero temían, al mismo tiempo, lo que pudiera haber ahí fuera esperándolos.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche —gruñó el druida, y Corotico asintió con gesto adusto.